

engañan, hay otros que no pueden mentir. Y sentí un agudo deseo de saber é hice el propósito de descubrir quién era la «virgen muerta.»

Un tercer personaje despertó en mí una curiosidad aun más viva. Una mañana que nevaba, hizo parar el tranvía en la calle Garibaldi un señor de unos cincuenta años. Iba á subir por la delantera cuando, de repente, al verme, me lanzó una ojeada severa y subió por la plataforma. ¡Diablo! Ya otra vez le había visto representar la misma escena; pero no me fijé en ello, porque podía ser una casualidad ó una equivocación. Pero la segunda vez no me cupo duda. Era yo mismo la fuerza repulsiva. Mas ¿por qué? No le conocía, no recordaba haberle hablado nunca. Es, sin embargo, tan fácil ofender á alguien sin voluntad, ya por una carta poco atenta, ya con un silencio inoportuno, ya de otros mil modos, que rápidamente registré la memoria para ver si así podría haber sucedido. Pero ni en su cara ni en su figura hallé indicio alguno que pudiera guiarme. ¿Sería acaso una antipatía literaria? Aquel buen señor no tenía trazas de dedicarse al cultivo de las bellas letras; no padecía de seguro tal enfermedad: parecía de una profesión que sólo por remotísima concomitancia tuviera algo que ver con la república de las letras. Podía ser un notario, un secretario de una agencia de negocios, un padre de familia serio y reposado; de ninguna manera un literato. Hubo un momento en que, volviendo la cara hacia atrás, cuando las dos puertas estaban abiertas, ví su mirada fija en mí. Entonces dilató los ojos como bajo el imperio de una sorpresa des-

agradable y volvió bruscamente la cabeza á otra parte... ¡Dios mío! Era una antipatía profunda la que yo inspiraba á aquel hombre, una antipatía de esas que no se extinguen fácilmente. Me hizo daño, á fe mía, porque, aunque ya maduro, soy uno de esos pobres diablos que no saben soportar tranquilamente el odio de nadie. Tomé buena nota de aquella cara por ver si podía descubrir quién era y lograr así, un día ú otro, borrar las causas de aquella antipatía para mí injustificada.

*
* *

Otros y otros personajes se me presentaron por aquellos días. La cosa iba bien. Imaginé en mi presunción que hasta era posible estudiar en el tranvía los efectos de los acontecimientos políticos; pero pronto me persuadí de que tal cosa era punto menos que imposible, teniendo en cuenta la índole especial de los turineses. Por entonces despertaban la pública atención los sucesos que se desarrollaban en la Eritrea, acerca del sitio de Makallé. Es imposible imaginar las exclamaciones y los diálogos que en tales días hubiese podido recoger en los tranvías de Nápoles. En los de Turín no era posible aprovechar nada. Por la mañana leían todos en silencio

el *Popolo* ó la *Stampa*, y únicamente los conocidos cambiaban entre sí alguna exclamación. Reparé, sin embargo, en un conductor que seguía con gran entusiasmo el curso de la guerra, y que por sí solo me infundió grandes deseos de escribir un libro. Estaba una semana en la línea del Martinetto y otra en la de Viali: un muchacho rubio, con los ojos muy vivos y las mejillas hundidas, lo que le daba un aire á Zanardelli. Se llamaba Carlín. Sentía un sacro entusiasmo por la campaña de Africa; aseguraba él mismo que desde que principió era aquella su idea fija, que no le abandonaba por un momento. Aguzaba el oído en cuanto los pasajeros hablaban de la guerra, y cuando oía presagios siniestros, hacía gestos de denegación absoluta. Las buenas noticias le recocijaban en grado sumo: «¡Bravo Galliano! ¡Ah, no importa, de todos modos es un honor! ¡Oh, ya veremos!» —Y tenía condiciones de estratégico. Cada mañana repetía una porción de veces que era preciso cogerlos entre dos fuegos, y con el gesto acompañaba las palabras. — «¿Pero por qué no los cogen entre dos fuegos?» — ¡Le parecía la cosa más natural del mundo! Y no sabía explicarse por qué no lo hacían. — «No acabaremos nunca, — afirmaba, — hasta que no les encerremos entre dos fuegos, y entonces no volverá á su casa ni uno solo de esos negritos.» — También se indignaba contra Francia por haber leído en algún periódico algún manejo poco franco de nuestros vecinos. — «Hay que darles una lección» — aseguraba. Era un ejemplar maravilloso de atavismo bélico. Su teoría sobre política exterior no podía ser más sencilla. Una palabra

sola la expresaba: *darles*. Poco importaba á quien ni cómo. Lo esencial era *darles*. Habiendo oído hablar un día de las depravaciones y asesinatos de Armenia, decía que era preciso enviar allí toda la flota en «veinticuatro horas.» Sencilla por demás era para él la cuestión de Oriente. ¡*Bombardearlo todo!* Y con un amplio gesto abrazaba el horizonte entero. Pocos le daban cuerda, porque en Turín los entusiastas hallan apenas eco. Solamente uno de los pasajeros le contestaba con monosílabos. Era un tipo de burgués correcto y acomodado, seguro de sí mismo y respetuoso, porque quería que le respetaran; subía todas las mañanas á la misma hora y en el mismo sitio, y Carlín le llamaba «caballero.» También este señor estaba destinado á figurar en mi libro. Era la personificación del *Poquita cosa* pacato y comedido. Sentábase cada mañana en un ángulo posterior del coche y, antes que sentarse en otra parte, si el sitio no estaba libre, se quedaba en pie en la plataforma. Apenas se sentaba, con movimientos lentos y acompasados sacaba del bolsillo la *Gazzetta del Popolo*, la abría con lentitud, leía antes que todo la crónica local, y luego las demás secciones, pero sin cortar nunca las hojas, que doblaba y desplegabá con sumo cuidado, y sin dar nunca señales en su cara de sentir una emoción profunda ni hacer el más leve movimiento de curiosidad, de aprobación ó de fastidio. Llegado á la plaza Castello, sacaba el reloj, siempre con idéntico gesto, y miraba la hora antes de bajar. Un verdadero ciudadano chapado á la antigua, conservado intacto á través de los tiempos. Era, además, entu-

siasta defensor de las cosas de la ciudad. Una mañana, viendo cómo un carro subía sobre la acera porque el tranvía ocupaba la calle, hube de decir á un amigo: «¡Vaya, esta vía se va haciendo ya estrecha!» El buen señor levantó los ojos de la *Gaceta del Popolo* y, volviéndolos hacia mí, pero sin mirarme de frente, murmuró:

—¿Estrecha la calle de Ga-ri bal-di?—Luego volvió á sumirse en su lectura, sonriendo ligeramente de un modo irónico. Toda el alma de los antiguos turineses la había revelado en aquellas cuatro palabras. Me enamoró aquel rasgo y en mi cartera de apuntes lo dejé anotado.

*
*
*

Por aquellos mismos días hice otro descubrimiento que me impulsó á dar mayor colorido á mi trabajo: el descubrimiento (pase la expresión) del «erotismo tranviario,» una de las «muchas formas psicológicas de la excitación sensual,» que, al decir de Ferrero, es efecto de la menor aptitud que tiene la raza latina respecto de la anglo sajona, para el trabajo metódico. Descubrí una casta entera de hombres de todas edades y condiciones, pero particular-

mente de edad madura y clase acomodada, fácil de reconocer, para los cuales era el tranvía un nido de delicias cróticas para su espíritu, una especie de harén, continuamente renovado, en el cual por los ojos, por el olfato y por los contactos fortuitos, se procuraban mil goces refinados de la imaginación. La verdad es que respirar, como en un saloncito, un aire impregnado de perfumes femeniles, estar sentado durante media hora entre dos señoras hermosas y elegantes que rozan su ropa con la vuestra, sentir el contacto de una rodilla ó un pie, apoyar la mano enguantada sobre el hombro de la que va á perder el equilibrio, y otras cositas parecidas son ligeras voluptuosidades, de que en ninguna parte es tan fácil gozar como en el *coche de todos*. Hay en esta casta de aficionados, una variedad grandísima; la de aquellos que buscan un placer casi espiritual en el «gracias» que da una señora á quien se cede el sitio ó á quien se abre la puertezuela, se recoge el pañuelo, ó se ayuda á sentar el niño, y la de los que prefieren quedarse en la plataforma, en los días de gran tránsito, porque allí á veces se hacinan hombres y mujeres, en revuelta confusión que permite sentir el contacto de un cuerpo esbelto y joven, cuyos contornos se adivinan á través de la ropa, y tener la cara á dos dedos de la cabellera de una muchacha del pueblo fresca y garrida, de cuyo cuerpo se exhala un perfume de juventud y de vida. Estudiar las costumbres y aficiones de esos «amorosos,» en especial de los últimos, desde el palco mímico circulante; observar la simulación de fría indiferencia, ó de cal-

ma estóica con que tratan de ocultar su silencioso entusiasmo, advertir el contraste cómico de sus conversaciones políticas con la impresión de sus secretos pensamientos, parecióme una cosa nueva y atractiva. Y en mi cartapacio abrí una columna para los «erotismos tranviarios.»

*
* *

Movióme también á escribir, el hecho por mí notado de que puede abrazar y penetrar mucho más la facultad de observación cuando, en vez de esperar, como de costumbre, el reclamo de los objetos, se convierte en una potencia activa que interroga y busca, aguzada por la curiosidad nunca saciada. No tenía aún bien determinado mi propósito, cuando, en los últimos días de Enero, había reunido una cantidad de observaciones que no hubiera recogido tiempo atrás en mucho tiempo. Algunas de esas observaciones, de orden genérico, me permitían hacer otras muy interesantes. Había observado, por ejemplo, que las señoras y los caballeros se dividen en dos clases respecto al modo de considerar el tranvía: aquellos que lo han adoptado y se sirven de él sin repugnancia alguna, casi complaciéndose en la inevitable proximidad de clases, y aquellos que lo aprovechan porque no pueden pasar por otro camino, pero que por la razón que á los otros les gusta, les repugna á ellos; que hacen un sacrificio de amor

propio cada vez que suben á él y que por mil fugitivos pero claros signos, demuestran el horror de los contactos populares y el ansia con que esperan el momento de apearse. También había notado, especialmente entre la gente del pueblo, en las mujeres sobre todo, dos grandes familias: la de los desenvueltos, en los cuales es vivo el sentimiento de la igualdad, que se acomodan y hablan recio entre los señoritos como en casa propia, no avergonzándose, sino antes haciendo ostentación de sus trajes; y la de los tímidos, mozos y muchachas por regla general, que entran humildes y pacatos como en casa ajena, cuidadosos de su compostura y movimientos, que parecen sentados, mirando sus rodillas, y esperan, para bajar, que otro tire de la campanilla, á fin de no llamar sobre ellos la atención. También pude advertir entre los pasajeros de todas las clases, una división notabilísima: la de aquellos que no sienten curiosidad alguna por sus semejantes, que permanecen con los ojos adormilados, sin mirar jamás quienes entran y quienes salen, como si estuviesen hartos del espectáculo de la existencia y ningún rostro humano tuviera mayor significación para ellos que una máscara de piedra; y la de los curiosos impenitentes, que revuelven los ojos de uno á otro punto, atentos á los gestos y palabras de los vecinos, con la viveza evidente de un pensamiento que escruta, adivina y comenta, como si cada desconocido que entra en el carruaje, entrara también de golpe en el curso de su existencia, y debiera ejercer influjo en su destino... Y otras mil cosas observé durante esos días, maravillándome de

no haberlas observado antes, como si entre mis compañeros y yo hubiese habido un velo que en aquella ocasión se desgarraba. ¡Cuánta escena muda, cuántos juegos de fisonomía y cuántas manifestaciones involuntarias de ideas y de sentimientos íntimos entre aquellos que no se conocen, que se ven y se tocan por un momento y que quizás no volverán jamás á hallarse en contacto en la vida! ¡Qué rayo de luz brilla en los ojos de la muchacha pobre, pero bella y de opulentas formas, cuando está enfrente de la señora elegante y rica, pero de lastimoso aspecto! ¡Qué sombra pasa por el rostro de la señora á la moda, reina del tranvía por cinco minutos, cuando entra otra elegantísima que desvía de ella y llama hacia sí todas las miradas, y se sienta enfrente, victoriosa, hollando con el pie la corona caída! ¡Cuántas cosas dicen los ojos de la solterona apergaminada, cuando contempla á su lado ó enfrente á una robusta aldeana, coloradota y fresca, que abraza y protege á un angelote mofletudo que chupa con delicia el jugo de sus entrañas! ¡Qué rápido y expresivo cambio de miradas y sonrisas entre los pasajeros cuando entra en el coche el alcalde, á quien todo el mundo conoce, y no halla sitio sino al lado del mísero empleado municipal, cuya gorra pregona su oficio; ó cuando una hetera pintada, petulante, desenvuelta, que á la primera mirada se reconoce, se sienta junto á una pobre monja que pasa las cuentas del rosario con la cabeza inclinada sobre el pecho; ó cuando un muchacho atildado que tomó una postura conquistadora enfrente de una elegante dama, ve que ésta baja de repente

y ocupa su sitio un anciano decrepito y no muy limpio, con un lío enorme entre los brazos! Como entre los cuadros disolventes, muda de aspecto la decoración á cada instante. Durante un rato predomina el bello sexo señoril y compuesto, que esparce suave aroma de esencias y violetas; luego se disuelve aquella reunión y se forma otra de gentes del pueblo, obreros, revendedoras de mercados, criadas de servicio; después parece el coche una sala de Maternidad: cinco ó seis arrapiezos corren, se encaraman, chillan, no paran ni un momento y chupan y mascan con delicia ya un trozo de pan, ya un caramelo; diez minutos después, la escena cambia de nuevo: aparece una serie de señoras de edad madura, ó de ancianos barbudos, bien trajeados, que consultan los apuntes de su cartera y discuten notas y cifras como en una sala de contratación. Y, resaltando sobre el cuadro movil de esas escenas, se advierten figuras que pasan á su vez y son substituidas antes de borrarse aquéllas: tan pronto aparece un oficial de gala, como un sacerdote que lee el breviario, ó una señora con un gran ramo de flores, ó un adepto de Baco que habla de sí mismo, ó un enfermo que languidece, ó un aldeano que duerme. Es, en suma, un coche público, la imagen reducida de la sociedad humana, como ésta llena de pompas y miserias, con su perpetuo séquito de envidias, desprecios y simpatías, donde uno sale cuando otro entra, baja aquél para que suba el otro; en que uno se apea en mitad del trayecto y otro lo recorre por completo; quien no encuentra sitio, quien ocupa demasiado; unos se lo disputan á los

otros; aquellos ríen, estos lloran y todos por llegar tienen prisa, y el vehículo que lleva á toda esta gente, corre, corre, corre sin cesar

«para volver al punto de partida.»

* * *

Al llegar aquí, el libro se me presentó clara y lúcidamente en el pensamiento: escribir lo que observaba en el tranvía, día por día, durante un año, pintando los personajes más notables que había visto á menudo, presentar las relaciones y acciones que unas sobre otras ejercen las distintas clases sociales, sin forzar la verdad bajo ningún concepto; retratar, en suma, lo más fielmente posible aquellas varias comedias humanas, esparcidas por quince larguísimas líneas que, cruzándose en cien puntos, constituyen, en el movimiento de la vida de la ciudad, una circulación más rápida y, por decirlo así, una vida que vuela por encima de aquella de los pueblos que andan. Pero de concebir el designio á comenzar resueltamente el trabajo, hay un paso que en algunas ocasiones no llega á darse nunca. A darlo contribuye muchas veces el último



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO REYES”

1875 MONTERREY, MEXICO

...y dirigiéndose hacia la plataforma, levantó á su hijo hacia la niña...

impulso, un pequeño accidente, que es como la chispa que prende fuego á un gran castillo pirotécnico de antemano preparado.

Este pequeño incidente me ocurrió el último día de Enero, cerca del anochecer, en la línea de la carrera Vinzaglio. El carruaje estaba lleno. En la carrera Víctorio Emanuele, subió y quedóse de pie en la plataforma delantera una mujer del pueblo, que tendría unos treinta años; iba pobremente vestida y llevaba en brazos una bellísima niña rubia de nueve á diez meses. En tanto que ella estaba vuelta hacia los caballos, la niña, apoyada sobre sus hombros, miraba hacia el interior del carruaje por una de las ventanillas, junto á la cual, en un ángulo interior del coche, estaba sentada una señora joven que ya había visto yo otras veces en aquel trayecto. y que por su rostro, por el modo de vestir y por el continente especial de su persona, había llamado mi atención. Era pequeñita, pero hermosa; ojos grandes, oscuros y centelleantes, un rostro moreno lleno de salud y vida, en el que se marcaban las huellas de una bondad grave, inquieta y ardiente como la de una hermana de la caridad en el campo de batalla: había notado que, cuando hablaba, de vez en cuando, parecía subir á su rostro una oleada de sangre, hinchando las venas de su cuello y agitándose su pecho con violencia, como si la fuerza de las pasiones estuviese próxima á estallar.

Vestía con esmero, pero con gran sencillez, resaltando más su modestia por la elegancia de la niñera que iba con ella. Tenía en aquel momento

sobre sus rodillas un niño de poco más de un año, lujosamente y con mucho gusto vestido, moreno como la madre y como ésta de grandes ojos oscuros, el cual tenía apoyadas la frente y las manos sobre el cristal de la ventanilla.

El niño y la niña se vieron y acercaron sus rostros, separados únicamente por el espesor del cristal.

No parecía sino que acabaran de reconocerse, después de haberse inútilmente buscado durante largo tiempo. No es raro el caso entre niños de esa edad, pero una escena tan hermosa y conmovedora no la había presenciado nunca. Empezaron por sonreírse, luego rieron y tendieron sus manecitas y brazos. La niña, encaramándose sobre la espalda de su madre, el niño poniéndose de puntillas, ambos pugnaban por separar el cristal que impedía acercar sus rostros como deseaban; uno y otra trataron de escapar de las manos de sus respectivas madres, y excitados por aquella mímica amorosa, se agitaban y reían cada vez con más fuerza, mostrando los diminutos dientes, y golpeando el cristal de la ventanilla con tal furia, é intentando lanzarse uno hacia la otra con tal vivacidad, que las dos madres tuvieron que esforzarse para sujetarles y evitar que no se cayeran ó se lastimaran con el cristal de la ventanilla. Todos los pasajeros que se hallaban dentro del carruaje se miraron sonriendo, encantados de aquella expansión irrefrenable de simpatía y de júbilo.

De repente, la señora se puso en pie, abrió la puerta con mano vigorosa y, saliendo á la platafor-

ma, aproximó el niño á la niña, que la esperaba con los bracitos tendidos. Querían besarse, pero no sabían, se pusieron las manos sobre las cabezas y al rededor del cuello, apretándose las caritas una á otra, y con tal fuerza se estrecharon, que por un momento parecían las dos angelicales criaturas formar un solo cuerpo con dos cabezas, vestido por mitad, de pobre y rico á la vez.

—¡Diablo!— exclamó Giors, fustigando á los caballos después de haber contemplado tan interesante escena.— Esos demonios de chiquillos están dándome dentera;—y volviéndose hacia mí, dijo en tono humorístico:—¿A esa edad y en pleno tranvía?—El pobre Giors restalló con fuerza el látigo, soltando una carcajada, pero pude observar, á través de aquella alegría, que sus ojos estaban humedecidos por dos gruesas lágrimas, á punto de rodar sobre su curtido rostro.

—Hé aquí mi libro—pensé.

BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA

Srita. Felicitas Loraña

PROFESORA DE CANTO